



**Los silencios  
del 17-A  
*Anna  
Teixidor***

Traducción de  
Concepció L. Moreno Oliveras

**Ḑ**  
**diëresis**

Primera edición: junio de 2020  
Segunda edición: junio de 2020  
© del texto: Anna Teixidor Colomer  
© de la traducción: Concepció L. Moreno Oliveras  
© de esta edición:  
Editorial Diéresis, S.L.  
Travessera de Les Corts, 171, 5º-1ª  
08028 Barcelona  
Tel: 93 491 15 60  
info@editorialdieresis.com  
Diseño: dtm+tagstudy  
© Imagen de portada: iStock  
© Foto de la autora: Marc Faro Costa  
Impreso en España  
ISBN libro:: 978-84-18011-07-8  
ISBN ebook: 978-84-18011-11-5  
Thema: JPWL  
Depósito legal: B 1952-2020  
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamos públicos.

**editorialdieresis.com**

**Twitter / Instagram: @EdDieresis**

# Índice

[Los autores del 17-A](#)

[Introducción](#)

[Del Atlas a los Pirineos. Los orígenes familiares](#)

[Abdelbaki Es-Satty, retrato de un impostor](#)

[Los oratorios, un reino de taifas](#)

[«Los muyahidines de Ripoll». Lealtades y fidelidades.](#)

[Diegem, el Ripoll de Bélgica](#)

[Sin miedo a morir. La planificación de los atentados](#)

[La indecisión de Driss](#)

[Morir matando](#)

[¿Y después? El posatentado](#)

[Más allá del Califato](#)

[Rivalidades, desconfianzas y deslealtades](#)

[Epílogo](#)

[\*Anexos\*](#)

[Biografías de los autores del 17-A](#)

[Cronología de los hechos](#)

[Tablas descriptivas](#)

[Agradecimientos y fuentes](#)

[Entrevistas y conversaciones de la autora](#)

[\*Notas\*](#)

[\*Bibliografía\*](#)

[\*La autora\*](#)

*A Carmela,  
a Ian-Moore,  
a Pepita,  
a María de Lourdes,  
a Ana María,  
a Francisco,  
a Elke,  
a Jared,  
a Silvia Alejandra,  
a Bruno,  
a Pau,  
a Luca,  
a Desirée,  
a María, y  
a los pequeños Julien y Xavi.*

*A las víctimas mortales y a sus familias, a los heridos y a los que quedaron  
impactados por aquellos días de agosto.*

# **Los autores del 17-A**

**Fallecidos**



*Abdelbaki Es-Satty  
(Imán de Ripoll)*



*Youssef Aalla*



*Younes Abouyaaqoub*



*Mohamed Hichamy*



*Said Aalla*



*Houssa Abouyaaqoub*



*Omar Hichamy*



*Moussa Oukabir*

**Detenidos**



*Mohamed Houli*



*Said Ben Iazza*



*Driss Oukabir*

..... Hermanos





# Introducción

Dos años después de los atentados de Barcelona y Cambrils, en septiembre de 2019, dos niños comienzan 1º de la ESO en el IES Abat Oliba de Ripoll, el único instituto público de esta pequeña ciudad catalana de la provincia de Girona. No se conocen y uno de ellos ni siquiera sabe de la existencia del otro. El más joven es de Campdevàrol –una población a cuatro kilómetros de Ripoll– y paseaba con su familia por la Rambla aquel fatídico 17 de agosto de 2017. El otro es el hermano pequeño de Younes Abouyaaqoub, el conductor de la furgoneta que arrolló a catorce personas en la Rambla y luego apuñaló mortalmente a un joven en la avenida Diagonal de Barcelona.

Los dos niños se convierten en protagonistas involuntarios. El testigo presencial del atentado continúa bajo tratamiento psicológico y el hermano de Younes no ha podido olvidar el impacto de los hechos, tras haberlo visto abatido por las balas en una fotografía que ha dado la vuelta al mundo y que le muestran sus propios compañeros de clase. El cuerpo de los Mossos d'Esquadra abrió una investigación para conocer cómo esta imagen había llegado a la prensa; sin embargo, a estas alturas todavía no se ha asumido ninguna responsabilidad.

El episodio refleja la frágil y compleja realidad que se vive en el Ripoll del posatentado, la población de poco más de diez mil habitantes donde crecieron los autores de los ataques. Hasta ese momento, nos habíamos acostumbrado a situar el origen de los terroristas en un entorno urbano y metropolitano, muchas veces marginal, aunque ha habido otros oriundos de comunidades rurales

de Francia y Alemania. La procedencia de los autores y la gestación de un grupo numeroso con la voluntad de atentar en el contexto de una pequeña población es poco habitual, aunque tampoco excepcional.

Puede parecer que, cuando se produce un atentado y los terroristas mueren, el relato termina con sus cuerpos inertes sobre el asfalto o en una pista forestal. Pero es entonces cuando se inicia una larga relación de interrogantes: ¿quiénes eran aquellos jóvenes que se sentaban en la misma clase que nuestros hijos? ¿Cómo pasaron de ser trabajadores responsables a fabricar explosivos para matarnos indiscriminadamente? ¿Quién consiguió canalizar sus frustraciones en un proyecto extremista y totalitario? ¿La influencia del agente de radicalización, el imán de Ripoll, se circunscribe únicamente a los jóvenes que forman parte del grupo que atenta?

Son cuestiones a las que intentaré responder a partir de la investigación policial de los atentados, contenida en el sumario, al cual he tenido acceso, y de un centenar de entrevistas a personas que conocieron a los autores, tuvieron alguna implicación en los hechos o han estudiado el fenómeno.

La otra parte del libro presenta más oscuros que claros en el entorno del imán de Ripoll, Abdelbaki Es-Satty, entre los años 2015 y 2017. Es-Satty aconseja a sus discípulos dormir vestidos con un cinturón de explosivos porque dice que los verdaderos musulmanes tienen que morir como mártires y jamás deben dejarse detener. Me lo explica un testigo que formó parte del círculo íntimo y restringido del imán, junto con algunos de los miembros del grupo que cometió los atentados. Es-Satty asegura a sus seguidores que no pueden arriesgarse viajando a luchar al Califato en Oriente Medio, y que la consigna del autodenominado Estado Islámico apunta claramente a atentar en territorio europeo.

Durante las conversaciones que he mantenido con aquellos que han viajado a Siria y a Irak o que, desde España, han manifestado el deseo de sumarse a su lucha pero nunca han dado el paso, siempre he visto en ellos la ilusión de morir en nombre de Alá para entrar en el Paraíso. Al menos, eso es lo que les hacen creer. En muchos casos, sus reclutadores lo han conseguido con una buena oratoria y una

argumentación extremadamente coherente, que introduce numerosos ejemplos del Corán y de los hadizes, los dichos del profeta. El reclutamiento, rápido y heterogéneo, dificulta poder discernir las múltiples y variadas motivaciones de los más de seis mil europeos –la mayoría menores de veinticinco años– que se añadieron de manera entusiasta a las filas de Estado Islámico.

Es-Satty, un personaje oscuro y poliédrico, tiene la habilidad de hacer creer a aquellos jóvenes que actúan con la cabeza y el corazón y sin miedo a morir. Mientras tanto, están fabricando entre doscientos y quinientos kilos de triperóxido de triacetona (TATP), un cinturón de explosivos y diecinueve granadas de mano improvisadas.

En torno a su figura, hay interpretaciones diversas y polarizadas sobre qué papel juega en la planificación y materialización de los ataques, si se esconde alguien más detrás y por qué se atenta en Cataluña. No existen respuestas unánimes ni únicas. Igual que ocurrió con aquel otro atentado devastador de Madrid, el 11 de marzo de 2004, con ciento noventa y una víctimas mortales y mil ochocientos cuarenta y un heridos, hallamos variadas y contrapuestas explicaciones, que dividen a la sociedad.

En los atentados de Barcelona y Cambrils esta polarización se agrava a raíz del conflicto político entre España y Cataluña. Algunas de las dudas que suscitó la relación de Abdelbaki Es-Satty con el Centro Nacional de Inteligencia (CNI) han despertado suspicacias en Cataluña, mientras que han dejado indiferente al resto del país. Tampoco se ha creado una comisión de investigación independiente formada por académicos, policías y magistrados jubilados como en otros países cuando han acontecido episodios similares.

Este libro describe y analiza qué falló para que unos jóvenes que vivían entre nosotros nos odiasen tanto como para querer hacer volar la Sagrada Familia y nadie consiguiera detenerlos antes de que sus planes iniciales fracasaran por sí solos. Como en todo trabajo periodístico, mi investigación ha llegado hasta donde me ha permitido la documentación jurídica y policial disponible, pero también el trabajo de campo. Tanto para nuevas aportaciones que puedan resultar del acceso a fuentes y a fondos documentales hasta

ahora inéditos, como para confirmar o desmentir las dudas expresadas, la obra queda abierta.

Empordà, mayo de 2020

## **Del Atlas a los Pirineos. Los orígenes familiares**

No hay ningún nombre que identifique sus tumbas. Ni siquiera una señal que pueda revelar en qué punto se encuentran del caótico y tupido cementerio de Jail Aim, en M'irt –una población de cuarenta mil habitantes del Atlas profundo, en Marruecos. En algún lugar indeterminado se hallan las sepulturas, juntas, de los hermanos Abouyaaqoub y Hichamy. Han sido enterrados con algunos días de diferencia, a la caída del sol, y con la presencia de dos agentes del gobierno no uniformados y algunas decenas de personas.

Durante días, he pensado en la carga simbólica que pueden representar estos entierros para algunos seguidores y simpatizantes. También es la preocupación primordial de las autoridades marroquíes: quieren evitar que alguien pueda ver a los jóvenes como unos mártires de la causa a quienes se debe rendir homenaje. En consecuencia, sus tumbas están condenadas al anonimato para evitar cualquier forma de peregrinaje, aunque recientemente he sabido que se han inscrito sus nombres. Otra cuestión –más íntima– es el dolor físico y moral que supone para los suyos tomar conciencia de que han muerto matando y enterrarlos en unas circunstancias tan anómalas.

Llego en un primer viaje a M'irt, pocas semanas antes de los entierros. Tardo unas horas en localizar discretamente la casa

familiar de los Abouyaaqoub, a pesar de que ha sido grabada y fotografiada desde todos los ángulos durante los días posteriores a los atentados. Se trata de una edificación entre medianeras que destaca del resto de las fachadas porque está embaldosada de arriba abajo.

Enfrente de la casa hay un vehículo de color gris con matrícula española. Apenas unas horas más tarde, vuelvo a ver el mismo automóvil aparcado en una de las calles principales de la población, delante de la cafetería Galaxia. Allí conozco a Abdellah, tío de los hermanos Abouyaaqoub, que vive en Ripoll y está pasando unos días con la familia y quizás solucionando las trabas burocráticas para enterrar a sus sobrinos.

Abdellah es un hombre sencillo y reservado, de mirada afable, muy educado, todavía abatido por los acontecimientos. En aquella larga hora, con numerosos monosílabos y pocas afirmaciones contundentes, no sé responder a la única pregunta que me plantea:

–¿Cómo han enterrado al resto de chicos que han cometido atentados en Europa?

Ignoro en qué sepultura y en qué condiciones se ha enterrado a Mohamed Merah, el joven atrincherado en una escuela judía de Toulouse donde asesina a tres escolares y a un profesor en el año 2012, y que es el responsable de cinco muertes más. Tampoco sé dónde se encuentra el cadáver de Abdelhamid Abaaoud, el presunto ideólogo de los atentados de la sala Bataclan de París de noviembre de 2015. Son escasas las informaciones porque ni las autoridades francesas ni las belgas quieren ningún tipo de homenaje, ni siquiera de manera privada. Tanto Merah como Abaaoud han nacido en Toulouse (Francia) y Bruselas (Bélgica) respectivamente, a finales de la década de los ochenta. La distancia emocional y física respecto al país de origen de sus padres, Argelia y Marruecos, es mucho mayor que la de los autores de los atentados de Barcelona y Cambrils, que mayoritariamente vinieron al mundo en el Atlas marroquí y conservan su nacionalidad.<sup>1</sup>

Un reducido número de los musulmanes en España aceptan que sea su lugar de sepultura, pese a que hayan vivido toda la vida. No quieren que se les entierre en un cementerio cristiano. Prefieren un

camposanto bendecido por el Islam en el país de sus antepasados. Una premisa que muestra que, en gran medida, somos de allí donde enterramos a nuestros muertos.

La autorización del juez para inhumar a los autores de los atentados llega casi cuatro meses después de estos. El abogado de las cuatro familias que tienen hijos implicados dirige una carta al instructor de la causa, en la que expone la necesidad de los padres de verlos por última vez y enterrarlos siguiendo el rito de la religión musulmana. Es, afirma, una necesidad humana en el desarrollo del duelo tras haberse enfrentado, dice literalmente, «al drama de conocer que la muerte de nuestros hijos se ha producido después de causar ellos la de otras personas».<sup>2</sup>

Tardo muchos meses en ponerme en contacto con los familiares de los autores de los atentados. Me intimida, me parece invasivo y, lo peor, temo recibir su no rotundo y tajante, una negativa que no me permita alegar nada. Ellos mismos han hecho un pacto de silencio. Realizan algunas declaraciones puntuales en los días siguientes a los ataques pero, en ningún caso, un relato de lo que ha pasado, de lo que han percibido o sentido. Los familiares, así como los amigos con los que trato, están afectados emocionalmente y la resignación involuntaria a la cual han llegado después de los hechos los ha roto por dentro: siete muertos, entre ellos, tres parejas de hermanos; tres detenidos, uno de ellos confeso. Nadie está preparado para permitir que el duelo progrese a través de la negación, la rabia y el dolor tras la pérdida de una persona querida que, a su vez, ha muerto matando. Aún hay un hecho peor que los devora por dentro en medio del silencio más absoluto: no ser conscientes de la línea finísima que separa la ortodoxia más rigorista del activismo yihadista.

De todos los familiares y amigos, me ha impactado especialmente la imagen de una de las hermanas, que disimulaba las lágrimas bajo el velo y se hallaba totalmente desarmada ante los flashes de los medios de comunicación dos días después de los atentados. Con el transcurso de los meses, en las ocasiones en que la he visto por la calle, no me he atrevido a aproximarme a ella. La veo desencajada y

con la mirada perdida. Arrastra los pies al andar. Tras muchas semanas de observarla y cruzarme con ella, me he aventurado a acercarme y le he recordado un bautizo en el que nos conocimos, pero que ella ya no tiene presente. Inmediatamente, se hace el silencio aunque, en seguida, acepta sentarse en un banco de una plaza.

Ella es la hermana de Moha y Omar Hichamy –los líderes del atentado de Cambrils– y prima en segundo grado de Younes –el conductor del atropello mortal en la Rambla– y Houssa Abouyaaqoub –que participa en el ataque de Cambrils–. En Marruecos las familias son muy extensas y no discriminan entre grados de parentesco. En realidad, los Hichamy y los Abouyaaqoub dicen que son primos; no obstante, se consideran prácticamente hermanos. Sus familias llegan a finales de la década de los noventa a Cataluña, con escasos meses de diferencia, y viven el proceso migratorio juntos.

La joven llega en el 2006, a la edad de quince años. Moha y Omar lo han hecho un poco antes, cuando tienen entre siete y cuatro años, respectivamente. Sus hermanos la ayudan a dar los primeros pasos en un país extranjero, a entender una lengua que pronto habla con fluidez. Decide ponerse el pañuelo como una muestra de respeto a su tradición cultural, aunque su familia nunca ha sido muy religiosa. Ripoll –dice– es un pueblo idílico, de un verde generoso que, al instante, le gusta. Jamás se ha sentido extraña. Está ilusionada por haber dejado atrás Marruecos y comenzar de nuevo en otro país que pronto, asegura, hace suyo.

Desde siempre ha mantenido con Omar una relación mucho más estrecha que con el resto de los hermanos. El joven con quien ha compartido confidencias e inquietudes es el mismo que amenaza con hacerse explotar en el paseo de Cambrils, aun cuando dos agentes le apunten con una pistola. Cae herido en el asfalto y, acto seguido, se vuelve a levantar poniendo el dedo amenazador en lo que simula ser el detonador de un cinturón de explosivos. Los agentes le vuelven a disparar y deja de moverse. Nadie reconoce a Omar en estas imágenes aterradoras grabadas por un turista, si bien identifican su



rostro. Ella tan solo ve algunos fragmentos de esta secuencia e impide que lleguen a su madre.

A partir del 18 de agosto, su vida no vuelve a ser la misma. Vive el duelo de puertas adentro y con muchas contradicciones. Admite que sus hermanos hayan asesinado indiscriminadamente, pero lamenta no haber notado el cambio mental y de conducta que sufrieron. ¿Es posible que una madre o un padre, un hermano o una hermana, no sean conscientes de esta transformación? La familia reconoce que los jóvenes experimentaron una evolución religiosa en los dos últimos años, que hablaban de Siria en defensa de sus hermanos musulmanes, pero lejos de verlo como un hecho negativo, consideraron que el acercamiento a la religión y a la vida disciplinada les aportaba sensatez.

Le pregunto a la joven sobre aquella noche fatídica en que sus hermanos encabezan el grupo que atenta en Cambrils. Unas horas antes, Omar se despide de ella, aduciendo que se va de viaje. A ella no le gusta la manera en que se produce su partida. Poco después de media tarde, se percata del atropello de la Rambla y ve la fotografía de Driss Oukabir –un joven que conoce de vista de Ripoll– en los informativos. En ese momento, teme lo peor. Les llama «quinientas veces», dice literalmente; sin embargo, no recibe ninguna respuesta. Su madre también los llama, pero los teléfonos móviles no dan línea y, finalmente, les escribe un mensaje contundente a las nueve y cuarto de la noche del 17 de agosto, casi cuatro horas antes del atentado de Cambrils: «Hola, Mohand. ¡Hijo mío! ¿Dónde estás? ¿Queréis acabar conmigo? Por favor, contestadme. ¡Por Dios! ¡Mohand, dime lo que pasa! ¡Por Dios!».<sup>3</sup>

En las comunicaciones registradas en su móvil, los investigadores localizan una conversación de whatsapp a las nueve de la noche. El atentado se produce a la una de la madrugada. Ella habla con su cuñada. Está inquieta. Se da cuenta de la gravedad de estos momentos.

–*Hermana de Moha y Omar* [21.08 h.]: Omar me ha asustado...

–*Cuñada*: ¿Cómo?

–*Hermana* [21.09 h.]: Porque la manera como ha salido no era la normal.

–*Cuñada* [21.11 h.]: Yo misma tengo sospechas. Yo digo que son ellos, ya que sus conductas últimamente no me gustaban.

–*Hermana* [23.43 h.]: Cómo quieres que venga, es posible que mis hermanos estén muertos.<sup>4</sup>

Cuando le recuerdo esta conversación, le resta importancia. Manifiesta que, si hubiera sido consciente de que sus hermanos querían hacer daño, los habría denunciado ella misma. Los Mossos d'Esquadra sospechan inicialmente que sabe que están a punto de producirse unos atentados y que no lo pone en conocimiento ni de la policía, ni de la autoridad judicial, ni tampoco hace nada por evitarlo. A mediados de 2018, pocos días antes de que el juez dicte la interlocutoria de procesamiento, los mossos la interrogan. Asesorada por un abogado, se niega a declarar porque parte del sumario aún continúa bajo secreto. Nunca le imputan ningún cargo. No es la única. Hay otros investigados no detenidos sin cargos que despiertan suspicacias. No solo algunos familiares, también personas vinculadas con el oratorio y con el pasado del imán. Después de muchas investigaciones, los Mossos de Esquadra han descartado que cualquiera de ellos conociera que se estaban planeando los atentados y que tuvieran algún tipo de implicación.

Ella niega con rotundidad que conociera los planes de sus hermanos. Las líneas son muy vaporosas: un comportamiento extraño de una persona a quien se quiere, el escepticismo al pensar que un hermano pueda tener la intención y la capacidad para cometer un atentado y la responsabilidad que se otorga uno mismo para detectarlo. La policía únicamente tiene sospechas. Su línea telefónica es intervenida durante seis meses. Este hecho tampoco aporta ningún dato definitivo y la policía descarta completamente su implicación. En las intervenciones telefónicas de las conversaciones entre ella y su madre se evidencian las contradicciones que siente en relación a los actos violentos que han cometido sus hermanos. ¿Son mártires que acceden al paraíso sin ser juzgados por sus actos en vida? ¿Son ataques con el beneplácito de Alá por los cuales los jóvenes pasan un tipo de prueba? ¿Es lo que realmente piensa? ¿Es lo que se dice a sí misma para entender y superar la muerte de sus hermanos?

Finalmente, cuando el juez autoriza la entrega de los cadáveres, ella, como otros miembros de las familias, no cree que estén muertos hasta que los identifica en el tanatorio. Es la primera vez que los ve tras un largo período de angustia. La autoridad judicial no les ha notificado su muerte en ningún momento. Durante semanas, alimenta la idea de que los resultados de las autopsias indiquen que han consumido alcohol o algún tipo de droga que explique su comportamiento animal. Pero los análisis descartan el consumo previo de cualquier sustancia. Piensa que les pueden haber hecho brujería o sufrido algún tipo de hechizo. Los días se convierten en meses y no encuentra ninguna explicación razonada y coherente. Su sensación de desconcierto se agudiza en el momento en que se conocen las informaciones que vinculan al imán de Ripoll –al que nunca ha visto, porque no frecuenta el oratorio– con los servicios de inteligencia españoles.

Con el paso del tiempo, experimenta un fuerte sentimiento de pesadumbre por no haberse percatado de que el rigorismo con que actuaron los jóvenes tiene consecuencias irreparables, por no haber pensado que el extraño proceder de Omar el último día en que lo vio no tiene vuelta atrás.

Después de dos años, sigue con el mismo duelo. No quiere recibir ningún apoyo psicológico; no obstante, ha decidido dejar de llorar pese a que continúa pensando en ello a todas horas. Se ha planteado también abandonar Ripoll. Todo le recuerda a sus hermanos. Evoca momentos que ahora mismo le duelen demasiado. Cuando pide trabajo a una empresa, explica que es familiar directo de los terroristas, aunque de ningún modo utiliza esta palabra. Le aterra el significado.

Me confía que siente el mismo dolor por todos aquellos que han sido víctimas de sus hermanos y primos. Igualmente, no se los puede sacar de la cabeza ni sabe encontrar las palabras justas para consolarlos. Utiliza la expresión árabe «sentirse entre la piedra y el martillo» para preguntarse repetidamente cómo puede ser que aquellos queridísimos hermanos suyos hayan traído tanto sufrimiento. Al final, dice, solo le quedan el refugio entre los suyos y el silencio. Es la única solución, sentencia.

## **Crecidos en Dogville**

La presencia de la inmigración extracomunitaria en Ripoll<sup>5</sup> comienza a finales de la década de los ochenta, si bien las primeras familias magrebíes, procedentes en su mayoría del Rif, lo hacen unos años antes. Los Ouzgari y los Marsi son los primeros de una larga lista que hace crecer los datos de población en las siguientes décadas, cuando llegan sobre todo familias oriundas de la zona montañosa del Atlas. En el censo municipal constan aproximadamente setecientos extranjeros de origen magrebí, de los diez mil habitantes que viven en la capital del Ripollès en el año 2017.

El principal atractivo de la población es la proximidad geográfica con Francia y las posibilidades de encontrar trabajo en una fábrica o cortando leña en el bosque. El Ripoll que encuentran estas familias extranjeras es un entramado social donde todo el mundo se conoce, una sociedad más bien cerrada de la Cataluña interior, alejada de los centros de decisión política y económica. Hace pocos años que se han inaugurado los túneles de Capsacosta, que facilitan la conexión entre el Ripollès y la Garrotxa, evitando la retorcida N-260. Aunque hay conexión ferroviaria con Barcelona y Francia, es una de las vías más lentas y precarias de España. La población ha sobrevenecido y se constata una fuga de la juventud hacia territorios urbanos.

El extranjero que llega al lugar por vez primera se topa con una población de montaña, en la encrucijada del valle de Ribes y de Camprodon, cuya vida gira en torno al monasterio cristiano de Santa María, en el centro del pueblo, fundado por el conde Wifredo el Velloso en el año 879.

El centro de esta comunidad es la plaza del Abat Oliba, que da lugar a una geografía de calles estrechas con algunas edificaciones modernistas que asombran al visitante y dan una idea de la pujanza económica que tuvo la industria textil y metalúrgica durante el siglo XIX. Más allá del casco histórico, las vías del tren separan el centro del ensanche. La barrera del paso a nivel no tiene otro significado que el impacto visual que supone. Se pueden encontrar alquileres baratos tanto en el centro como en las afueras. No existe ningún criterio topográfico que defina la posición social.

Muchos de los que viven en Ripoll desde hace tiempo saben que en el pueblo hay cada vez más extranjeros. Les dan trabajo, les alquilan pisos, los hijos comparten aulas. Sin embargo, pocos se conocen entre ellos. Tampoco hay demasiado interés en hacerlo, una particularidad bastante extendida que, desgraciadamente, se puede extrapolar a cualquier punto del país.

Aquellos cuyos abuelos han nacido en Ripoll esperan que los hijos estudien en la universidad y son conscientes de que su futuro pasa por emigrar fuera de la comarca. Por el contrario, los extranjeros que se establecen con sus hijos consideran que fabricar moldes de inyección de alta precisión y maquinaria industrial, elaborar mallas y tripas sintéticas que luego se exportan al mundo cumple parte de sus expectativas.

Aparentemente, tanto los hijos de Ripoll como los de los inmigrantes tienen oportunidades que se pueden medir objetivamente porque comparten espacios físicos; no obstante, en realidad, las diferencias sociales, económicas y culturales entre unos colectivos y otros existen.

Acaso este desinterés y el peso de la tradición religiosa explica que haya un número reducido de matrimonios mixtos, que se pueden contar con los dedos de una mano. En realidad, algunos jóvenes han salido juntos durante mucho tiempo, pero las relaciones no han prosperado y, finalmente, han hecho lo que hace la mayoría: volver al pueblo de origen de Marruecos y casarse, en ocasiones por conveniencia, con una pareja que sea del agrado de las familias de ambos cónyuges.

Algunos vecinos me definen Ripoll como una especie de Dogville, la pequeña ciudad norteamericana retratada por Lars von Trier en la película del mismo título, situada cerca de una mina de plata abandonada, con una carretera como única vía de acceso al pueblo. Un lugar cerrado en el cual residen personas encantadoras con pequeñas imperfecciones que tendrán un destino trágico. Quizás sea poco honesto decir que Ripoll es un Dogville, pero también es deshonesto dar a entender que formar parte de esta comunidad pequeña y conservadora se convierte en un trámite.

«Me sentí descartado, que sobraba, que lo hacían todo entre ellos». Así lo explica un joven de origen marroquí que se ha puesto el sobrenombre de Tito porque considera que su nombre, Faissal, es demasiado complicado para establecer relaciones sociales, según afirma. Llega con la familia al pueblo a la edad de dieciséis años y le cuesta tanto relacionarse con los que son hijos de Ripoll como con los que han emigrado allí. Sufre la primera decepción cuando, en cinco minutos, conoce todo el pueblo. La segunda, cuando descubre que es «un pueblo vacío y con muchos moros que se vigilan los unos a los otros», dice. Hay también hijos y bisnietos de Ripoll que han expresado una sensación similar cuando han dejado la población durante unos años y luego han vuelto.

Que algunos califiquen Ripoll como una población cerrada es un aspecto que se añade al resto de circunstancias que forman el contexto general en que estos autores de los atentados han crecido. Hay otros a tener en cuenta.

La implicación de cuatro parejas de hermanos obliga a referirse al itinerario vital de las familias, que coincide con el de muchas otras que han decidido emigrar a Europa: una descendencia numerosa, la huida de una situación económica precaria en el país de origen y la aspiración legítima de prosperidad para los hijos que crecen. El hecho que quizás las diferencia, a pesar de este retrato común (social, económico y cultural), estriba en las complejas dinámicas familiares que viven una vez se han establecido en Cataluña. Unas variables que, posiblemente, permiten señalar algunas de las vulnerabilidades por las cuales algunos de los autores de los atentados se identifiquen, a la larga, con un mensaje totalitario y excluyente.

Siete de los diez padres no están alfabetizados y ninguno de ellos habla fluidamente ni castellano ni catalán, salvo algunas excepciones. Esta doble circunstancia tiene un peso específico en las relaciones laborales y sociales que establecen estas familias. Los trabajos a los que los padres se dedican, a menudo duros y mal pagados, les obligan a desplazarse lejos de casa.

La ausencia paterna hace que la responsabilidad de la educación recaiga en unas madres que tienen escasos conocimientos sobre la

sociedad donde se han trasladado a vivir y que, en algunos casos, no entienden ni hablan la lengua para poder relacionarse con la población local (ni en el hospital ni en la escuela ni en el mercado). En realidad, algunas de estas madres sufren un cierto aislamiento social –tan solo dos trabajan fuera de casa–, que se ve agravado porque hablan exclusivamente una variedad dialectal del amazigh (bereber). Desconocen el árabe y las lenguas del Estado español.

A esta situación, compleja en sí misma, se añaden las dificultades personales que arrastran algunas familias. Tres padres sufren problemas de alcoholemia; uno de estos, además, ha sido atendido en el Centro de Atención y Seguimiento a la Drogodependencia y, en algunas ocasiones, el frágil estado en que viven deriva en violencia intrafamiliar.

En el pasado, solo una de estas familias ha sido seguida de cerca por los servicios sociales. Las técnicas de los mismos recuerdan que se les destinan recursos, tiempo y esfuerzos personales. De hecho, en este caso, reciben asimismo la ayuda de una familia acomodada, solidaria y abierta de Ripoll –que contrasta con la descripción de otros testigos– y que es clave cuando la relación del matrimonio empeora. Esta familia acoge a la madre con los cinco hijos después de que se separe del marido, víctima de maltrato físico y psíquico. Entonces, el padre decide emigrar a Francia y la madre, que no habla ni entiende castellano ni catalán, saca adelante sola a sus hijos.

El vacío referencial paterno se agudiza cuando los jóvenes tienen entre catorce y diecisiete años. Frecuentemente Youssef, Younes y Moha desempeñan el rol activo de padres de familia de los hermanos menores (Said, Houssa y Omar), ya sea en el comedor de casa ya sea en el patio de la escuela, mucho antes del año 2014 y de que se sientan atraídos por mensajes extremistas. Tienen hermanos mayores; sin embargo, estos se desplazan con los padres para trabajar, o bien, pasan largas jornadas laborales fuera del domicilio familiar.

Asumir la responsabilidad paterna probablemente acentúa el combate ideológico y emocional de estos jóvenes entre las referencias familiares, escasas y dispersas, con aquellas exteriores que conectan

con la sociedad de acogida. Los padres temen que sus hijos se encuentren con un sistema diferente al que ellos han vivido culturalmente y que este marco, a la postre, les aleje de ellos y de sus raíces. Existe una cierta dicotomía entre el bagaje que traen de Marruecos y el que se encuentran en España. Los jóvenes advierten que los padres viven alejados de la realidad del país y que ellos hacen el papel de intermediarios entre la sociedad de «acogida» – ajena a muchos de sus valores morales y religiosos– y el propio ecosistema familiar.

A esta situación se suma el hecho de que al menos tres de los hermanos mayores no solamente son hijos de inmigrantes de familias más o menos desestructuradas, sino que están viviendo sus propios procesos migratorios. Youssef, Younes y Moha, con nueve, siete y seis años respectivamente, comienzan a ser conscientes de su condición de migrantes y no se sienten suficientemente cómodos con la decisión de sus padres. Manifiestan una cierta nostalgia por su país natal y acusan la carencia de referencias identitarias entre el país donde han nacido y el lugar donde trabajan sus padres. El cambio de país supone una mejora social pero, a la par, nunca dejan de sentirse inmigrantes.

Todas las familias, excepto una, provienen de poblaciones montañosas y rurales del Atlas. Son bereberes y en casa hablan una lengua propia, el amazigh, aunque algunos de los jóvenes lo hacen con poca fluidez. Se trata de una lengua de tradición oral y sin escritura, utilizada por millones de personas y dividida en docenas de dialectos. Ocasionalmente, también la compaginan con el árabe.<sup>6</sup> En cambio, una única familia, la del detenido Mohamed Houli, procede de Nador, si bien hace años que se han establecido en Melilla al nacer él. En el año 1998, se trasladan a la península. Es la única de las familias con nacionalidad española que tiene un hijo implicado en los ataques. En casa no hablan árabe, ni mucho menos amazigh –ambas lenguas les quedan lejos– sino el *dariya*, una variante árabe de las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla.

Ninguna de las familias ha aceptado recibir soporte psicológico, ni para ellos ni para sus hijos menores y solo algunas mantienen una



relación periódica con los Servicios Sociales. Entro en el restaurante C-17, en la carretera del mismo nombre, justo a las afueras de Ripoll, al que solían ir algunos de los implicados en los atentados. Al poco, veo a un hombre que se sienta en un extremo del local para tomar un café. Tiene la mirada perdida. No levanta la cabeza. Es el padre de la pareja de hermanos muertos, autores del atentado de Cambrils. Lo reconozco por las imágenes de los medios de comunicación de los días posteriores a los ataques. Ni siquiera intento acercarme. Sé que ha estado gravemente enfermo y, como buena parte del resto de padres, padece episodios de angustia y presenta un estado depresivo. La mayor parte tiene problemas de salud, que se han acentuado después de agosto de 2017.

Las familias continúan en la población, pero mantienen un perfil bajo. Condenan los actos en los que han incurrido sus hijos, aunque tienen sentimientos contradictorios. Se sienten impotentes ante un imán a quien atribuían autoridad y, dicen, se llevó y manipuló a sus chicos. Las mujeres, madres y hermanas han creado lazos más estrechos para superar este intenso dolor; no obstante, les preocupa cómo puede influir lo sucedido en los hermanos menores, los sobrinos y primos. Los padres y hermanos han dejado de frecuentar los oratorios locales.

Por lo que sabemos hasta ahora, la familia no es un elemento decisivo en la socialización política de estos individuos. Ninguna de ellas es especialmente religiosa ni tiene vinculaciones con prácticas ortodoxas del Islam.

Si bien el interés no debe centrarse tanto ni en los individuos ni en sus actos particulares sino en los procesos y los contextos –sin estos no se pueden comprender los otros–, considero necesario describir las trayectorias vitales de estos jóvenes, años antes de aquel fatídico 17 de agosto de 2017. En su descripción, muestran algunos denominadores comunes y se constata que el grupo que actúa no se constituye alrededor de un hecho violento, sino que las relaciones existen previamente. Han contraído vínculos de lealtad y fidelidad tanto por ser hermanos, primos y amigos como por haber crecido juntos y porque se sienten identificados con las mismas

frustraciones, a pesar de que sus itinerarios personales son muy diferentes.

### **Parejas de hermanos: los Aalla (Youssef y Said)**

«Said Aalla era un niño que llevaba la ropa andrajosa y los zapatos viejos con las suelas desgastadas. Era tímido y sonreía dulcemente», dice el padre de un compañero con quien compartió clase a los siete años. En este momento, Said repite segundo curso de primaria. La familia llega un año antes a la población vecina de Ribes de Freser, a menos de doce kilómetros. A los padres no se les ve nunca y el pequeño Said va y vuelve del colegio solo.

«Era el único de la clase cuyos padres no iban a recogerlo ni a llevarlo. En los días de invierno, cuando las temperaturas de los Pirineos están bajo cero, me hacía sufrir porque no iba convenientemente abrigado», recuerda este padre en un escrito, en el que rememora también otra anécdota: «En una reunión trimestral, la tutora de la clase, la maestra, aunque tenía cosas que comentar de mi propio hijo, me empezó a hablar de él. Todavía no me explico que una tutora te hable de otro niño de la manera en que lo hizo: “A tu hijo le tenemos que avisar en clase en bastantes ocasiones pero, mira, te tiene a ti, y vosotros sois de aquí. Pero tenemos otro niño, con este sí que tenemos problemas... De este niño, Said, los niños dicen que huele mal. Y, claro está, con todo lo que estos árabes comen en casa, con estas especias tan fuertes que ponen a la comida... Esto pasa al sudor, a la ropa... Y, claro está, si el niño huele mal, huele mal. Yo he de dar la razón a los niños. Huele mal”, me dijo. Yo le pregunté: “¿Qué se hace desde la escuela para cambiar esta dinámica?”. Ella me miró y, tras un largo silencio, continuó hablando del progreso poco adecuado de mi hijo».

«Los días en los que llegaba tarde al pabellón para recoger a mi hijo –añade el propio padre– para ir a un partido de hockey, Said esperaba afuera completamente solo a que alguien viniera a por él. Cuando me veía, sonreía con una alegría contenida. Acabábamos llevándolo en coche siempre los mismos: los responsables del club y dos o tres padres. Parecía que la mayoría de los padres evitaban llevarlo. Esta actitud de los adultos no me gustaba nada. Como la de

su tutora. Porque las actitudes y opiniones de los mayores pasan a los niños». <sup>7</sup>

La descripción de este padre corrobora que Said –que participa en el atentado de Cambrils– es un niño vulnerable, desatendido y víctima de la discriminación tanto por su origen como por su cultura. El autor del escrito considera que el racismo es más promovido por los adultos que por los propios niños, que lo miran como cualquier otro compañero. La reflexión pone al descubierto también el difícil proceso de integración de las familias extranjeras pobres que emigran y, en este sentido, la fragilidad de niños como Said y Youssef, los dos hermanos que han llegado a Ribes de Freser con seis y nueve años, respectivamente.

De los dos hermanos, no obstante, Youssef –que muere en la explosión de Alcanar– es quien tiene el carácter más marcado. Ha aprendido a patinar demasiado tarde y ello le impide tener la misma destreza casi innata de muchos compañeros con quienes juega a hockey, que utilizan los patines apenas comienzan a andar. Incluso así, él corre tanto como puede y, durante los minutos en que sale a la pista, lo da todo pese a los pocos aciertos, recuerda el entrenador del equipo de hockey.

Esta extrema rigidez de carácter que todo el mundo percibe se acentúa cuando la familia se traslada a vivir a Ripoll. De todos los jóvenes que forman parte del grupo, él es el que vive peor el proceso migratorio. Está molesto con la decisión que han tomado sus padres. Se siente a regañadientes con esa realidad que no reconoce como propia. Algunos de los que lo han conocido en aquella etapa concluyen con estas palabras: «Le cuesta mucho Ripoll».

De todos los chicos que participan en los atentados, Youssef es el más reservado y callado, también es el que tiene peor genio. Su propio padre explica abiertamente a las profesoras de la escuela Vedruna que la relación con él nunca ha sido fácil.

Es un joven problemático y conflictivo que siempre busca pelea, expulsado varias veces de la escuela y con problemas para entenderse con el resto de compañeros. Algunos relatan que no pueden tolerar su actitud, siempre tiene la necesidad de hacer alguna tontería, de provocar al compañero para acabar en pelea.

Una maestra de primaria lo define con una única palabra: «Hermético». Su carácter, dice, no transmite ningún sentimiento y no permite siquiera conocer a los de fuera nada de lo que piensa. Es cuadriculado a la hora de tomar decisiones. Sus resultados académicos siempre son flojos. Nunca da un vuelco para mejor. Asimismo, las relaciones entre el padre y el hijo pasan por horas bajas, hasta el punto de que el primero acepta firmar voluntariamente la renuncia de Youssef a la escuela antes de que acabe los estudios. No obtiene el certificado de Educación Secundaria Obligatoria.

Saber Oukabir, un joven sociable y de sonrisa fácil, me enseña una fotografía de dos niños que no levantan un palmo del suelo. Me apunta con el índice a un Youssef risueño y se señala a él mismo con la punta de los dedos. Saber no se esconde ni de los apellidos –primo de Moussa y de Driss Oukabir– ni de la amistad que mantiene con cada uno de los autores de los atentados. Seis meses más tarde, tiene la misma sensación de estupefacción e incredulidad, al acarrear tamaña carga emocional y física. Las secuelas están presentes. Asiste con regularidad a las sesiones con el psicólogo, toma ansiolíticos para dormir por la noche y, en este sentido, la mezcla con el alcohol le ha jugado malas pasadas.

–Cada vez que cierro los ojos, los veo a todos. Uno a uno. Pasa el tiempo y todavía se me aparecen –sentencia.

Ha hecho un trabajo a fondo para comprender qué les pasó y aún hoy confiesa que no lo sabe. La policía también le tiene a él en el punto de mira, es investigado, pero nunca detenido: se descarta cualquier implicación suya con el grupo que atenta. Saber define a Youssef como «un tío que no se bajaba del burro, le iban las peleas y no encontraba nunca el momento de ir a dormir». En el ámbito amoroso, le gustaba una chica que se llama Laura, «la perseguía a todas horas, pero ella no quería saber nada». En realidad, Saber está convencido de que él jamás tuvo novia. Describe la vida de Youssef en este momento como llena de excesos.

Su complicada situación familiar pone de manifiesto otra cara del joven. A la edad de diecisiete años, es testimonio de un maltrato machista. El joven Youssef corre sin aliento a la comisaría de los

Mossos d'Esquadra en busca de ayuda y para pedir una ambulancia. Su actitud es celebrada por una de las agentes del cuerpo que, días antes, había estado dando una charla de prevención de la violencia machista en un curso de formación al que él acude.

Entre los años 2012-2015, Youssef intenta revertir su fracaso escolar con cursos de formación dirigidos a jóvenes que, como él, han abandonado los estudios antes de tiempo. Aprende trabajos tan dispares como construir paredes, pintar fachadas, soldar piezas y manipular alimentos. A este último es al que destinó más tiempo. Su hermano mayor Mohamed lo recomienda para trabajar en un restaurante de la cercana población de Ventolà. Allí hace todo tipo de tareas, como él mismo reseña en su currículum: «Preparar bebidas, cortar verduras, limpiar pescado, cortar embutidos y carnes, hacer los cafés, limpiar». Ahí está un año y medio hasta que lo deja. Se siente estafado, asegura, puesto que trabaja más horas de las que marca su contrato. En aquel momento, se queja a los amigos de la poca consideración que algunos empresarios tienen por los trabajadores aunque, en este caso, el trato es igualitario sea cual sea su procedencia.

Lo cierto es que Youssef aspira a encontrar un trabajo mejor; no obstante, su imagen pública no está a la altura de su deseo. Va mal peinado, se viste con ropa gastada y tiene una apariencia descuidada.

–Nunca superó ninguna entrevista profesional ni lo pude derivar a ninguna oferta de trabajo. No tenía ninguna titulación y los programas que se ofrecían eran para aquellos que tuviesen los estudios terminados –dice la técnica de selección de personal de la UIER (Unión Intersectorial Empresarial del Ripollès), que ofrece una bolsa de trabajo a sus asociados. Era una persona extraña a quien no habría ofrecido trabajo, ya que lo veía despistado y apenas le generaba confianza.

Esta imagen contrasta con la de Said –que participó en el atentado de Cambrils–, cuyos apellidos son lo más en común que tienen ambos hermanos. El más joven, apuesto, de mirada alegre a pesar de su timidez, cuida la ropa que viste y se mira delante del espejo comparando sus músculos con un amigo, según se observa en una

de las fotografías que guardan los compañeros. De igual manera, Said ha salido de fiesta y bebe alcohol, aunque sin los excesos de su hermano mayor.

Es uno de los pocos a quien le gusta la lectura. A la edad de doce años ha leído toda la colección de un cómic infantil que se llama *Los griegos*. Se los lee todos y el último no lo devuelve. Al ser reclamado por el servicio de préstamo de la biblioteca, se disculpa avergonzado alegando que no lo recuerda.

La responsabilidad que aprecian en él aquellos que lo conocen puede explicar que Said fuese el único que dejase una especie de testamento manuscrito, que la policía localiza en el registro de su habitación. En estas últimas voluntades, pide perdón a sus padres, especialmente a la madre, y dispone que, con el dinero que obtengan de la venta de sus pertenencias, cubran las deudas: mil euros que le debe a su madre y otros mil a su hermano mayor Mohamed. Lo que sobre, dice, debe entregarse a los más pobres.

### **Los Abouyaaqoub (Younes y Houssa)**

Younes –el individuo que comete el atentado en la Rambla– coge con fuerza la mano de su hermano siempre que salen de casa. Tiene ocho años, pero se siente responsable de Houssa hasta la médula. Es un niño educado, tímido, amable, buen estudiante y tranquilo, que nunca se mete en líos. Un niño que ofrece a los demás bolsas de kikos o cualquier otra chuchería que adquiere con el poco dinero de que dispone.

Los dos hermanos frecuentan el Lokal, un espacio de encuentro de jóvenes pensado para evitar la exclusión social. Como en otras poblaciones, este es el primer espacio de sociabilidad que se encuentran los hijos de inmigrantes en cuanto llegan a Ripoll. Allí se lee, se ven películas y se representan obras de teatro. Por la tarde, se organizan actividades deportivas en la pista. El fútbol siempre triunfa entre el medio centenar de chicos y chicas que pueden llegar a visitar el espacio en el momento de mayor afluencia.

En aquellas tardes de invierno, Younes expresa la nostalgia que siente por haber dejado su país y, al ser preguntado por dónde viviría cuando fuera mayor, tiene claro que, en aquel momento,